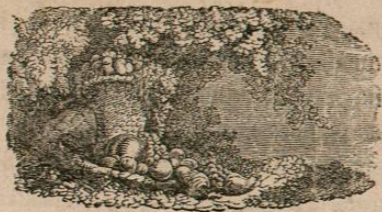


ranza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir llegaba á un punto mi vanidad, que me lisongeaba de que algun dia descubriria el cielo mi origen, y que éste seria tal, que sin vergüenza podria manifestaros mi nombre. Despues de una declaracion que tanto os ultraja, ¿será posible que todavia no os resolvais á castigarme?

—Esta temeraria declaracion, replicó la dama, en otro tiempo sin darme ofenderia, pero la perdono á la turbacion en que os veo; fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite dar oidos á las espresiones que proferis. Vuelvo á deciros, Don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aquí, y os alejeis de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis aumenta mis penas.—Ya no resisto, Señora, repliqué levantándome, voy á alejarme de vos; pero no penseis que, cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya á buscar un asilo para defenderla. No, no, yo mismo quiero voluntariamente sacrificarme á vuestro dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia la suerte que vos me preparais: y entregándome á vuestras persecuciones, anticiparé yo mismo de este modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y partí en derechura á Toledo, donde me detuve de intento ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé como no me prendieron; porque no puedo creer que el conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin, ayer salí de aquel pueblo, donde se me hacia intolerable mi propia libertad; y sin fijarme ni aun proponerme destino ninguno determinado, llegué á esta ermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer.—Estos son, Padre mio, los cuidados que me ocupan al presente; y ruegoos me ayudeis con vuestros consejos.



CAPÍTULO XI.

Quién era el viejo ermitaño, y cómo conoció Gil Blas que se hallaba entre amigos.



UEGO que Don Alfonso acabó la triste relacion de sus infortunios, le dijo el ermitaño:—Hijo mio, mucha imprudencia fué el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que me habeis contado, y vuestro amor á Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí: no os cegueis: es menester olvidar á esa jóven, pues no está destinada para vos. Ceded voluntariamente á los grandes estorbos que os desvian de ella, y entregaos á vuestra estrella, la cual segun todas las señales, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontraréis con alguna bella jóven, que hará en vos la misma impresion, sin que háyais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle muchas cosas para ecshortarle á la paciencia, cuando vimos entrar en la ermita á otro ermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca, donde habia recogido una limosna muy copiosa. Parecia mas mozo que su compañero; su barba era roja, espesa y bien poblada.—Bien venido, hermano Antonio, le dijo el viejo anacoreta: ¿Qué noticias nos traes de la ciudad?—Bien malas, respondió el hermano barbirojo: ese papel os las dirá; y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leído con toda la atencion que merecia su contenido, exclamó:—¡Loado sea Dios! Pues se ha descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir.—Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la palabra al jóven caballero. En mí teneis un hombre con quien juegan como con vos, los caprichos de la fortuna. De Cuenca, que dista una legua de aquí, me escriben han informado mal de mí á la justicia, cuyos ministros deben venir mañana á prenderme en esta

ermita; pero no encontrarán la liebre en la cama. No es la primera vez que me veo en este apuro; y gracias á Dios casi siempre he sabido librarme con honra y desembarazo. Voy á presentarme en otra nueva figura; porque habeis de saber que, tal cual me veis, no soy ermitaño ni viejo.

Diciendo y haciendo, se desnudó del saco grosero que le llegaba hasta los piés: dejóse ver con una jaquetilla ó capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capuz, desató un sutil cordon, que sostenia su gran barba postiza, y ofreció á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte y ocho á treinta años. El hermano Antonio, á su imitacion, hizo lo mismo: quitóse el hábito y la barba eremética, y sacó de una arca vieja y carcomida una raída sotanilla, con que se cubrió lo mejor que pudo. ¡Pero quién podrá concebir lo admirado y atónito que me quedé cuando en el viejo ermitaño reconocí al Señor Don Rafael, y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela? ¡Vive diez! exclamé al punto, sin poderme contener, que estoy en tierra amiga. —Así es, Señor Gil Blas, dijo riendo Don Rafael. Sin saber cómo ni cuando, te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para estar quejoso de nosotros; pero pelitos á la mar, olvidemos lo pasado, y demos gracias á Dios de que nos ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios, que no son para despreciarlos. Nosotros á ninguno hacemos mal, á ninguno apaleamos, á ninguno asesinamos, y solamente queremos vivir á costa ajena. Agrégate á nosotros dos, y tendrás una vida andante, pero alegre. No la hay mas divertida como se tenga un poco de prudencia. No es esto decir que, á pesar de ella, el encadenamiento de las causas segundas no sea tal á veces que no nos acarree muy pesadas aventuras; pero, en cambio, hallamos las buenas mejores; y ya estamos acostumbrados á la inconstancia de los tiempos y á las vicisitudes de la fortuna.

—Señor caballero, prosiguió el fingido ermitaño volviéndose á Don Alfonso, la misma proposicion os hacemos á vos, que me parece no debéis despreciar en el estado en que presumo os hallais; porque ademas de la precision de andar siempre fugitivo y escondido, tengo para mí que no estais muy sobrado de dinero.—Así es, dijo Don Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi pesadumbre.—Ea pues, repuso Don Rafael, buen ánimo, no nos separemos los cuatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañía, y nosotros sabremos inutilizar todas las pesquisas y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España y sabemos todos sus rincones, bosques, matorrales, sierras quebradas, cuevas y escondrijos, abrigos segurísimos contra las brutalidades de la justicia. Agradeciéles Don Alfonso su bue-



na voluntad; y hallándose efectivamente sin dinero y sin recurso, determinó ir en su compañía; y tambien yo tomé igual partido, por no dejar á aquel jóven, á quien habia cobrado ya grande inclinacion.

Convenimos, pues, todos cuatro en andar juntos y no separarnos. Tratóse entonces sobre si marchariamos en aquel mismo punto, ó nos detendriamos primero á dar un tiento á una bota llena de esquisito vino que el dia anterior habia traido de Cuenca el hermano Antonio; pero Don Rafael, como mas experimentado, fué de parecer que ante todas cosas se debia pensar en ponernos en salvo; y que así era de sentir que caminásemos toda la noche para llegar á un bosque muy espeso que habia entre Villar del Saz y Almodovar, donde haríamos alto, y libres de toda zozobra descansariamos el dia siguiente. Abrazóse este parecer, y los dos ermitaños acomodaron su ropa y demas provisiones en dos envoltorios, y equilibrando el peso lo mejor que pudieron, los cargaron en el caballo de Don Alfonso. Todo esto se ejecutó con la mayor presteza y diligencia, y al instante nos pusimos en camino alejándonos de la ermita, y dejando por herencia á la justicia los dos sacos de ermitaños, las dos barbas blanca y roja, dos tarimas, una mesa coja, un arca medio podrida, dos sillas de paja despeluzadas, y la estampa de San Pacomio.

Anduvimos toda la noche, y cuando estábamos ya muy rendidos del cansancio, al despuntar el dia descubrimos el bosque á donde se encaminaban nuestros pasos. La vista del puerto alegre y da vigor á los marineros fatigados de una larga navegacion: cobramos ánimo, y llegamos por último al fin de nuestra carrera ántes de salir el sol: penetramos hasta lo interior del bosque, donde haciendo alto en un delicioso sitio, nos echamos sobre la verde yerba de un espacioso prado, rodeado de corpulentas encinas, cuyas frondosas ramas, entretrejiéndose unas con otras, negaban la entrada á los rayos del sol. Descargamos el caballo, quitámosle la brida, y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacamos de las alforjas del hermano Antonio algunos zoquetes de pan, muchos pedazos de carne asada, y como unos perros hambrientos nos abalanzamos á ellos, compitiendo unos con otros en la presteza y en la gana de comer. Con todo eso obligábamos al hambre á que aguardase un poco, por los frecuentes abrazos que dábamos á la bota, que en movimiento poco menos que continuo estaba casi siempre en el aire, pasando de unas manos á otras.

Acabado el almuerzo, dijo Don Rafael á Don Alfonso:—Caballero, á vista de la confianza que vd. me ha hecho, justo será tambien que yo cuente la historia de mi vida con la misma sinceridad.—Gran gusto me daréis en eso, respondió el jóven.—Y á mí grandísimo, añadí yo, porque tengo ansia de saber vuestras aventuras, que no dudo serán dignas

de oirse.—Y como que lo son, replicó Don Rafael; lo han sido tanto, que pienso algun día escribirlas: con esta obra hago ánimo de divertir mi vejez, porque en el dia todavía soy mozo, y quiero añadir materiales para aumentar el volúmen. Pero ahora estamos fatigados: recuperémosnos con algunas horas de sueño: miéntras dormimos los tres, Ambrosio velará y hará centinela para evitar toda sorpresa; que despues dormirá él y nosotros estaremos de escucha; pues aunque pienso que aquí nos hallamos con toda seguridad, nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerba; Don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre Don Alfonso, en vez de dormir, no hizo mas que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á Don Rafael, se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oirle, dijo á Lamela:—Amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á descansar.—No, no, respondió Lamela; ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesion, que tendré especial gusto en oirlos contar otra vez. Así pues, comenzó Don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.



LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO I.

Historia de Don Rafael.



SOY hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En cuanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quién fuese. Podia muy bien decir quién era el sugeto de distincion que cortejaba á mi madre al tiempo que yo nací; pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese el ser. Las personas de la clase de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que cuando se muestran mas inclinadas á un señor, le tienen ya prevenido algun sustito por su dinero.

No hay cosa como no hacer aprecio de lo que digan malas lenguas. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin hacer misterio alguno me cogia de la mano, y me llevaba al teatro muy francamente, no dándosele un pito de lo mucho que se hablaba de ella, ni de las falsas risitas que causaba solo el verme. En fin, yo era su ídolo, y la diversion de cuantos venian á casa, los cuales no se cansaban de hacerme mil fiestas. No parecia sino que en todos ellos hablaba la sangre á favor mio.

Dejéronme pasar los doce primeros años de mi vida en todo género de frívolos pasatiempos. Apenas me enseñaron á leer y escribir, y mucho menos la doctrina cristiana. Solamente aprendí á cantar, bailar y to-